

Vicente Blasco Ibáñez  
EL VATICANO CONTRA LOS CRISTIANOS  
(*El Pueblo*, 28-11-1904; *El Motín*, 24-12-1904; *La Justicia*, 31-12-1904)

Con frecuencia se indigna y protesta la cristiandad al conocer los martirios atroces que sufren en la Turquía asiática los creyentes en la divinidad de Jesús y la excelencia de sus doctrinas.

El fanatismo religioso, la tiranía de raza y los odios históricos, arman de vez en cuando el brazo homicida de los turcos impulsándolos a la matanza de cristianos. Además, el gobierno turco odia y teme a los armenios; y como no es un modelo de sentimientos bondadosos, como sus instintos sanguinarios no reconocen el límite de ninguna ley ni justicia, el asesinato se realiza en gran escala por los mismos funcionarios públicos y las tropas, repartiéndose premios a los verdugos, como si hubiesen cumplido una gran obra patriótica.

Poblaciones enteras han sido pasadas a cuchillo en Armenia; las familias cristianas se han visto tratadas con más saña que si fuesen bestias feroces; los maridos han sido asesinados, pudiendo ver en su agonía cómo eran violadas sus esposas por la soldadesca para morir también víctimas del atropello; los niños han sido lanzados como pelotas de sable en sable, igual que en la legendaria degollación de los inocentes, y las aldeas se han convertido en haces de llamas, pereciendo en el inmenso brasero hasta los animales domésticos que prestaban sus servicios a la geste cristiana.

El mundo moderno ha presenciado estas razias del fanatismo, estos atropellos dignos de las hordas de Atila o Gengis-Kan, sin despegar los labios. Únicamente la voz generosa de Gladstone se elevó en Inglaterra para protestar en nombre de la civilización y de la solidaridad cristiana.

Esto hizo un luterano y sus correligionarios se unieron a la protesta, debiéndose a la opinión inglesa que Abdul-Hamid, el sultán rojo que resucita en plena Europa moderna las brutalidades medioevales, refrenara un tanto su política sanguinaria.

El papado calló. El representante de Jesús en la tierra no tuvo una palabra de consuelo y apoyo para los infelices que afloran en masa como mártires de su creencia en Jesús.

El papado calla siempre que se ve en presencia de crímenes cometidos por un fuerte, y más si este fuerte es de los que no creen en él y se burlan de sus rayos enmohecidos y sus excomuniones ridículas.

Cuando los boers, unos perfectos cristianos, sufrían bajo la conquista inglesa y se incendiaban sus granjas y morían a miles los individuos en los campos de concentración, no tuvo el representante de Jesús una sola palabra para las víctimas.

Sufre la católica Polonia toda clase de vejaciones y atropellos de la tiránica Rusia, y el Papado mira en silencio el martirio de ese pueblo caballeresco y desgraciado, que por dos veces salvó a la cristiandad de la invasión turca.

La católica España que todo lo ha perdido, hasta el honor, por defender la religión, pelea con los impíos Estados Unidos, que en fuerza de admitir todas las creencias religiosas, no tienen ninguna, y el Papado hace algo peor que callar; juega doble, a favor de unos y de otros; y mientras su nuncio en España bendice las bayonetas en Vitoria (como en un final de ópera), monseñor Martinelli, el nuncio en América, hace votos porque el Dios amigo del Vaticano proteja a los americanos.

El papa no se indispone con los fuertes por si estos martirizan o matan cristianos. Hay tantos, que aunque unos cuantos miles sean extirpados, no se agotará por esto la infinita cantidad de crédulos y estultos que forman el principal núcleo de los defensores del papado. Además, él solo se inmuta y conmueve por aquello que toca directamente a sus intereses.

Que un gobierno español intente una pequeña economía en el presupuesto del clero, una reforma en la potestad que goza Roma en nuestra vida interior, y al momento el papa arderá en santa ira, requerirá el espadón de San Pablo y nos amenazará con una guerra civil.

Que la República francesa acabe de realizar la separación de la Iglesia y el Estado, y el papa y sus acólitos no dormirán ni descansarán, poseídos de santa actividad, para hacer cuanto daño puedan al gobierno de la vecina nación.

Roma es la servidora vil de todos los déspotas que le inspiran miedo, y el verdugo de los pueblos degradados que aún creen en ella.

Su último alarde de desvergüenza es inaudito.

Abdul-Hamid, el Herodes de Armenia y Macedonia, el que permite que la gendarmería turca se haga retratar entre pirámides de cabezas de cristianos, ha regalado recientemente al cardenal Gossi y al cardenal Merry del Val la gran cruz del Medjidié.

Estos dos cardenales, Gossi, que es un aspirante al papado, y Merry del Val, primer ministro del vice Dios, han recibido con grandes muestras de agradecimiento este obsequio del déspota que toda la prensa del mundo representa con las manos eternamente rojas, destilando la sangre de miles de cristianos.

¡El represéntame de Mahoma regalando condecoraciones a los acólitos de Cristo! ¡Los allegados al papa, padre de todos los cristianos, dando muestras de agradecimiento al degollador de los creyentes de Jesús!...

Las religiones, con todo su pasado de feroces odios y horribles matanzas, se convierten en una comedia lúgubre.

¡Y tan lúgubre!...

Los infelices cristianos de Armenia, que viven en perpetua alarma temiendo que de un momento a otro se reproduzcan las matanzas, sentirán indudablemente acrecentarse su fervor religioso, al saber que una parte de la sangre de sus hermanos va a adornar en forma de cintajo rojo el pecho de dos de los electores que han fabricado el actual vice Dios, de dos consocios del Espíritu Santo que aspiran con el tiempo a ser pastores de la grey cristiana, y mientras tanto se postran de hinojos ante la munificencia del sultán y halagan al lobo enrojecido con la sangre de las ovejas de Jesucristo.